

EL ERROR

La verdad y el error son dos contrarios.

La Verdad lógica es la conformidad del conocimiento con el objeto conocido: el error es la no conformidad.

Hay dos categorías de verdades evidentes: las unos son de evidencia inmediata, las otras de evidencia mediata.

El objeto lleva, en las primeras, siempre y necesariamente en él mismo, su motivo de evidencia, siendo imposible no verle ó dudar de él; pero las proposiciones no evidentes por si mismas, son más complejas: para saber la relación que ellas expresan, debe la inteligencia descomponerlas y relacionar sus elementos con el auxilio de intermediarios comunes. Para no equivocarse en este trabajo, ella no deberá afirmar jamás una conexión entre dos anillos separados, antes de haber seguido el uno después del otro, las conexiones inmediatas que habrán de reunirlos. Mas sea por

natural flaqueza de la inteligencia ó por pereza y complicidad de la voluntad, lo cierto es que el hombre pasa frecuentemente sobre estos obligados intermediarios de sus razonamientos, efectúa análisis incompletos, establece prematuramente conexiones desprovistas de evidencia, deduciendo así, en muchas ocasiones, de sus premisas, conclusiones precipitadas y temerarias, en las cuales está muy lejos la evidencia de ser la garantía infalible de la verdad.

El error tiene, por consiguiente, una doble causa: *objetiva* y *subjetiva*.

La causa *objetiva* reside en la complejidad excesiva de los términos de la proposición.

La causa *subjetiva* trae su principio de una grande precipitación en la enunciación del juicio.

Estudiemos más íntima y profundamente esa precipitación del espíritu, causa subjetiva de nuestros errores.

Existe, observa Santo Tomás, cierto movimiento en nuestros espíritus, llamado *precipitación*, origen fecundo de todos los falsos prejuicios, que invaden nuestra inteligencia. A fin de que la entendamos mejor, explicánosla el Santo Doctor por semejanza á los movimientos corporales. Hay grande diferencia entre un hombre que desciende y uno que se precipita. El primero marcha sosegada y ordenadamente y descansando sobre sus pasos; aquél que se precipita, lánzase

como á ciegas por un movimiento rápido é impetuoso, y como ambicionando tocar los extremos sin pasar por el medio. Apliquemos esto á los movimientos del espíritu. La razón debe proceder con orden, y marchar consideradamente de una á otra cosa; ella tiene á manera de grados por los que ha de pasar, antes de conseguir su juicio; mas el espíritu no se conduce siempre con igual prudencia; él también se precipita y obra con ligereza. El hombre prefiere juzgar á examinar las razones; la decisión le place, en tanto que el exámen le causa enfado. Movidó por la voluntad ó arrastrado por las pasiones, salta él por los intermediarios, arrójase temerariamente y juzga antes de conocer: esta es la labor de la *precipitación* (1).

(1) «Præcipitatio, in actibus animae, metaphorice dicitur secundum similitudinem a corporali motu acceptam. Dicitur autem præcipitari secundum corporalem motum, quod a superiori in ima pervenit, secundum impetum quemdam proprii motus, vel alicujus impellentis, non ordinate descendendo per gradus. Summum autem animae est ipsa ratio. Imum autem est operatio per corpus exercita. Gradus autem medii per quos oportet ordinate descendere, sunt: memoria praeteritorum, intelligentia praesentium, solertia in considerandis futuris eventibus, ratiocinatio conferens unum alteri, docilitas per quam aliquis acquiescit sententiis majorum, per quos quidem gradus aliquis ordinate descendit, recte consiliando. Si quis autem feratur ad agendum per impetum voluntatis vel passionis, pertransitis hujusmodi gradibus, erit præcipitatio» (2.^a, 2.^{ae}, q. 53. a. 3.).

¿Cuáles son las causas morales de la referida precipitación, origen psicológico del error?

Las reglas de la lógica están perfectamente determinadas y no dan lugar á la menor discusión. Todos los preceptos que ella dá tienen un rigor y una evidencia comparables á los de las proposiciones matemáticas. ¿De dónde surgen, por consiguiente, las defectuosas aplicaciones que acostúmbrase á hacer de estos tan evidentes é incontestables preceptos? ¿Por qué disponiendo de esos medios de lograr la verdad, la equivocamos con tanta frecuencia?

Alégase con razón, y así lo hemos notado en diferentes ocasiones, la natural debilidad del espíritu humano, la desproporción que existe entre las fuerzas de nuestra inteligencia y la complejidad de las cosas que deseamos conocer. Esta debilidad y desproporción no han de desalentarnos demasiado; sería absurdo no reconocer que el hombre más honrado y más ajeno á la sofística, puede equivocarse con la mejor fé del mundo, pero reconocen nuestros errores otras causas que dependen más de nuestra voluntad, y que explicarían ordinariamente la precipitación de nuestros juicios.

Pueden reducirse estas causas á dos principales, á saber: *la irreflexión* y *la pasión*, y sobre todo á aquella pasión profunda y tenaz que se llama *amor propio*.

San Agustín ha escrito que «un espíritu que reflexiona es el principio de todo bien.» Por poco que una verdad se aleje de los principios simples é inmediatos, no podemos nosotros llegar á conocerla, y mucho menos á defenderla, sin el auxilio de la reflexión. La *irreflexión*, que entraña á su vez la precipitación, es la causa de innumerables prejuicios, ilusiones é inconsecuencias.

La irreflexión tiene más frecuentemente su origen en la *pasión*. La pasión ciega y arrastra: de aquí aquella profunda frase del autor de la *Imitación*: *Prout unusquisque affectus est, ita judicat*. Por pasión debemos, naturalmente, entender aquí la pasión violenta, desarreglada, es decir, la inmoderación en los deseos, la intemperancia de la sensibilidad, la oficiosidad por llegar al fin, la impaciencia en los obstáculos y retrasos, la curiosidad indiscreta, la presunción que induce á no dudar de cosa alguna, el amor exagerado de la comodidad, las debilidades y desfallecimientos del corazón, y otros muchos orígenes, de donde surgen en tropel las ilusiones.

«Mas la pasión, contra la que vamos principalmente aquí, es el *amor propio*, es decir, el amor desordenado de sí mismo, bajo todas sus formas, con todas sus exigencias, oficiosidades y tiranías. Pueden atribuirse al amor propio todas las causas de ilusión. Es él quien con más frecuencia impone por nosotros el color á las cosas, la propor-

ción á los hechos, las cualidades y defectos á las personas. Engañánnos bajo su influencia; nosotros nos engañamos en provecho suyo; él vive de las ilusiones que nos hace concebir» (1).

Siendo la irreflexión y la pasión, y muy en particular la pasión del amor propio, las causas habituales de nuestros errores, el remedio á tamaños males está ya indicado: *reflexionar y buscar con desinterés la verdaa*.

Es, pues, necesario *reflexionar* con calma y con diligencia, evitando siempre la precipitación y la pereza.

Hemos apuntado en otro lugar los escollos del juicio precipitado. Opuestos á ellos son los que reconocen por origen la pereza; el amor desordenado de nuestras comodidades, el miedo á sufrir alteración en nuestros hábitos del espíritu y á ser desposeídos de aquello que siempre hemos considerado con quietud como la verdad. Nada más tiránico que el hábito, observa Santo Tomás; grande coraje necesitase para romper con él, y sobre todo si se trata de algo que ha largo tiempo que pasó ó que la práctica de nuestro vivir cotidiano ha arraigado profundamente en nuestra

(1) Hemos entresacado las precedentes líneas de una instrucción de Mons. Gay, obispo de Antthedon, moralista de gran valía; en su obra intitulada: *Instrucciones en forma de retiro*. París. 1891, IV. Inst., *De las ilusiones*.

alma. El hombre es contrario á semejante esfuerzo. El hábito, siendo en nosotros una segunda naturaleza, atenúa tal empuje. He aquí por qué nos place el hábito. Por eso cuéstanos grande trabajo sufrir alteración en nuestros hábitos intelectuales, aunque se trate de la posesión ó de la adquisición de la verdad.

Santo Tomás nos ha advertido sabiamente este doble peligro.

Necesario es recordar, de una parte, que siempre nos inclinamos á escuchar, y aun á acoger con favor y agrado, aquello que cuadra á nuestros hábitos anteriores. «Parécenos muy conforme, observa el Angélico Doctor, se nos hable de todo en el mismo sentido, que nosotros tenemos el hábito de entender deber hablarse.» (1).

(1) «Ea quae sunt consueta, libentius audiuntur et facilius recipiuntur. Dignum enim videtur nobis, ut ita dicatur de quocumque, sicut consuevimus audire. Etsi quae dicantur nobis proeter ea quae consuevimus audire, non videntur nobis similia in veritate his quae consuevimus audire. Sed videntur nobis minus nota et magis extranea a ratione, propter hoc quod sunt inconsueta. Illud enim quod est consuetum, est nobis magis notum. Cujus ratio est, quia consuetudo vestitur in naturam; unde et habitus ex consuetudine generatur, qui inclinatur per modum naturae. Ex hoc autem quod aliquis habet talem naturam vel talem habitum, habet proportionem determinatam ad hoc vel illud. Requiritur autem ad quamlibet cognitionem determinata proportio cognoscibilis ad cognoscibile. Et ideo secundum diversitatem naturarum et habituum accidit diversitas circa cognitionem... Sic igitur, quia consuetudo causat habitum consi-

Nos pone él en guardia, de otra parte, contra la pretensión, fuera de razón, fruto ordinario del hábito de obtener para todas las verdades igual género de pruebas: aquél que el continuo uso hizo familiar. *Certitudo non potest inveniri, dice él, nec requirenda est similiter in omnibus.*» Cada ciencia tiene su género de prueba, su modo particular de demostración, y será falsa demanda exigir de una ciencia pruebas que ella no comprende (1).

mitem naturae, contingit quod ea quae sunt consueta sint notiora.» Santo Tomás, *Com. in II Met.*, lec. 5.

(1) «Philosophus ostendit quomodo homines in consideratione veritatis propter consuetudinem diversos modos acceptant: et dicit quod quidam non recipiunt quod eis dicitur, nisi dicatur eis per modum mathematicum. Et hoc quidem contingit propter consuetudinem his, qui in mathematicis sunt nutriti. Et quia consuetudo est similis naturae, potest etiam hoc quibusdam contingere propter indispositionem: illis scilicet, qui sunt fortis imaginationis, non habentes intellectum multum elevatum. Alii vero sunt, qui nihil volunt recipere nisi proponatur eis aliquot exemplum sensibile, vel propter consuetudinem, vel propter dominium sensitivae virtutis in eis et debilitatem intellectus. Quidam vero sunt qui nihil reputent esse dignum ut aliquid eis inducatur absque testimonio poetae, vel alicujus doctoris. Et hoc etiam est vel propter consuetudinem, vel propter defectum iudicii, quia non possunt didicere utrum ratio per certitudinem concludat; et ideo quasi non credentes suo iudicio requirunt iudicium alicujus noti. Sunt etiam aliqui qui omnia volunt sibi dici per certitudinem, id est propter diligentem inquisitionem rationis. Et hoc contingit propter bonitatem intellectus iudicantis et rationes inquirentis, dummodo non quaeratur certitudo in his quibus certitudo esse non potest...» SANTO TOMÁS, I, cit.

El primer remedio del error es, por consiguiente, la reflexión.

El segundo, el *amor desinteresado de la verdad*. Nos congratulamos, y en ello sentimos verdadero placer, de poder ofrecer aquí á nuestros lectores una tan útil como bella y justa página del psicólogo francés Enrique Joly:

«En muchos casos, escribe el citado maestro, *no hallamos la verdad porque no la buscamos*. ¡Medítense bien estas palabras! Nosotros no buscamos la verdad, cuando no aportamos al examen de las cuestiones ó de los hechos más que una atención superficial y perezosa; cuando pensamos orgullosamente que una rápida ojeada nos basta para comprender bien y entenderlo todo; cuando sentimos demasiada impaciencia por satisfacer una vana curiosidad, y cuando una verdad adquirida ligerámente á medias nos causa mayor goce que la verdad completa, aunque laboriosamente lograda; cuando nos contenemos en los límites de una hipótesis: «por la importante razón de que somos sus autores», y cuando nos obstinamos en una opinión, únicamente por que estamos engañados y no queremos reconocer nuestro error; cuando, finalmente, juzgamos de las cosas menos por lo que son en sí mismas, que por la relación que tienen con nuestros intereses, pasiones, antipatías, odios y amores.

«Mas, ¿por qué no buscamos la verdad? ¿por

qué no la apreciamos lo debido? No quiero yo decir con esto que amemos precisamente lo contrario á la verdad, que es el engaño, el error: pero es fuera de toda duda que no estamos dispuestos á sacrificarlo todo, á afrontarlo todo por ella. Nosotros establecemos en las ciencias, escuelas y partidos; nosotros aportamos á todas las discusiones el espíritu de secta, si nos juzgamos discípulos: la soberbia de la vanidad personal, si pretenciosamente nos reputamos maestros. Nosotros vamos en pós de las hipótesis novísimas y brillantes, abandonando en el olvido las verdades tradicionales. Nuestro fin es, principalmente, ante todo y sobre todo, crearnos un nombre, é insensiblemente vamos cambiando el culto de la verdad por el deseo de ceder á las opiniones de moda ó de fascinar á los espíritus con la osadía de nuestros pensamientos y la elocuencia de nuestras palabras. ¿Investigar, discutir, reducir á nuestros adversarios á las mútuas contradicciones, revestir de forma los argumentos? ¡He aquí lo que con frecuencia nos encanta más que la posesión de la misma verdad! En todos estos actos procuramos complacer á nuestra propia inteligencia; en una palabra, á nuestra propia persona, á nosotros mismos: apenas si hacemos caso de la verdad. ¡Cuántas y cuán provechosas enseñanzas pueden deducirse, sobre este mismo objeto, de esta sentencia de San Agustín: «el que no ama la

verdad, no la encuentra. Sapientia et veritas, nisi totis animi viribus concupiscatur, nullo modo inveniri poterit» (1).

(1) H. JOLY: *Nuevo curso de filosofía. Lógica*, páginas 312-313. Cons. á Balmes *El Criterio*, c. XXII, y las obras más recientes de GAYTE y de OLLE LAPRUNE, y muy principalmente, *La Certeza moral, La Filosofía y los tiempos modernos y Los Orígenes de la paz intelectual*.

Lo bello en la Naturaleza y en el Arte

Lo bello es, creemos nosotros, la manifestación del orden ó de la perfección natural de los seres. Esta tésis será objeto de nuestro estudio en las páginas siguientes.

Empero bueno será comenzar por algunas consideraciones preliminares sobre el *orden* y la *perfección*.

*
* *

El *orden* es un conjunto de relaciones esencialmente armónicas.

Las relaciones son lo que deben ser, es decir, armónicas, cuando responden á los fines para los que fueron establecidas.

Decimos que hay orden en las máquinas de vapor que circulan por nuestras vías férreas. Hemos asistido mentalmente al trabajo del pensamiento del mecánico. Le hemos visto combinar la acción